

VaRiA

Artes Plásticas



En México el año de 1968 fue, por lo que respecta a las artes plásticas, extraordinariamente activo. Cantidad no siempre implica calidad, pero es indudable que donde hay mucho se escoge mejor; la llamada "Olimpiada cultural" hizo posible un número de exposiciones muy superior al que es normal en la ciudad de México; de todo hubo: desde las actividades normales "asimiladas" a la olimpiada y consignadas en sus programas oficiales, hasta muestras pensadas y montadas expofeso con ese motivo, u otras por diversos motivos extraordinarias.

De lo más sobresaliente fue sin duda la exposición de "Obras maestras del arte universal" montada en el Museo Nacional de Antropología. Para ella se invitaron diversos países a contribuir con una selección de obras representativas. La respuesta fue varia: algunos —como Francia o Grecia— apenas enviaron algo para mínimamente cumplir (algunos quizá ni siquiera eso), pero otros, en cambio, mandaron conjuntos superiores. Entre lo más destacado hay que contar el envío de Egipto, donde había piezas verdaderamente sorprendentes. Nigeria presentó un extraordinario conjunto de obras que permitía un visión suficientemente amplia del arte negro, importante sobre todo en un país como el nuestro, donde tan pocas obras de ese arte existen, sea en colecciones públicas o privadas; por primera vez en México pudieron contemplarse obras maestras de la cultura

de Ife, a los sorprendentes relieves del Benín, o los no menos admirables trabajos en madera o tejidos. Conjunto muy de primera fue también el mandado por Costa Rica, en su mayoría tallas en piedra de una imaginación desbordante y de una perfección técnica inaudita. De lo enviado por el Perú destacaban más los estupendísimos tejidos prehispánicos que los no muy numerosos ejemplos de cerámica Chimú, Chavín o Nesca; la serie de obras coloniales americanas, principalmente de escultura estofada, fue en su mayoría de alta calidad (aunque la carencia de cédulas explicativas —mal de toda la exposición— impedía saber cuándo se trataba de piezas peruanas o ecuatorianas). Un soberbia pieza maya, de ignota colección particular, irradiaba magia y belleza y destacaba ahí, donde tantas cosas buenas había y en ese museo, donde tales obras maestras del arte prehispánico se conservan. En fin, la sensualidad del arte indio y del sureste de Asia, o la maravilla artesanal del arte chino (representado sobre todo por la colección Brundage) que en tantas ocasiones establece la ecuación de a mayor perfección técnica más mal gusto. Para corroborar que el arte popular es de hecho igual en todas las latitudes la República Federal Alemana envió un conjunto de ex-votos que parecían robados del camarín de la Virgen de San Juan de los Lagos.

En el Museo de Arte Moderno se montó la contrapartida de aquella exposición por lo que toca al arte contemporáneo. Ciertamente el tono general de la muestra era bajo y pululaban los artistas segundones. Entre todo aquello brillaban sin embargo algunas obras formidables (y valga citar el Kandinsky como ejemplo). El cuadro de Dalí, por su parte, mostraba a qué grado de ignominia ha llegado la pintura del maestro catalán.

En la Universidad Iberoamericana se reunió un conjunto de obras mexicanas pertenecientes a colecciones particulares, muy interesante no sólo por la calidad de muchas de las piezas expuestas, sino por hecho inusitado de que éstas pudieran ser apreciadas por el público.

Entre lo que pudieran llamarse las actividades normales lo más destacado fue sin duda la exposición convocada y patrocinada por el Instituto de Bellas Artes y bautizada con el nombre de "Solar", y la contrapartida que un numeroso grupo de pintores (en el Salón Independiente) dio a ésta. En el Salón Solar sorprendía, independientemente de la mayor o menor calidad de las obras expuestas, la carencia de un criterio de selección; de donde resultó un conjunto abigarrado de los trabajos más disímolos, que abarbacan desde los supérrites antidiluvianos de la "escuela mexicana" hasta las más audaces (y en muy pocas ocasiones logradas) tentativas de innovación; quizá el grupo más coherente de obras era el que constituía la pequeña sección de grabado y dibujo. Por su parte el Salón Independiente, entre disidencias y rebeldías, llegó a albergar a la

mayor parte de los artistas de mediana edad y jóvenes que más seriamente y con mejores resultados trabajan actualmente en México (Rojo, Sakai, Felguérez, Herrera, García Ponce, etcétera); no que la exposición —montada, por otra parte, entre diversos contratiempos— resultara extraordinariamente brillante, pero sí llegó a tener, a pesar de los invitados de piedra, una mayor coherencia y una más alta cualidad; el grupo independiente organizó paralelamente a la exposición una serie de actividades (mesas redondas, conferencias) sin duda de interés; más importante que todo eso, quizá, es el hecho de que por primera vez desde hace mucho, mucho, un grupo de artistas en México logra organizarse sin el directo patrocinio oficial, y consigue hacer algo positivo: promesa para futuras actividades.

Aparte esos grandes eventos, y en medio del sinnúmero de exposiciones menores, en los últimos meses de año de 1968 y los primeros de 1969 se llevaron a cabo algunas muy importantes exposiciones individuales: la de Siqueiros en la Galería Zona Rosa, ahí mismo la muy buena de José Luis Cuevas; las que presentó Rodolfo Nieto, hijo pródigo, importantes por la calidad y la variedad que mostraron como por el hecho de que después de bastantes años por fin pudo verse en México un conjunto importante de sus obras (decir que su serie de dibujos del "bestiario" era lo mejor resultaría arriesgado: pero sin duda era lo más sorprendente y lo más atrayente).

Jorge Alberto Manrique

